

Caminantes

*Flâneurs, paseantes, walkmans,
vagabundos, peregrinos*

EDGARDO SCOTT

Título original: *Caminantes*

Versión ampliada de la edición publicada por Godot
en Argentina en 2018

Copyright © Edgardo Scott, 2022

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2022

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre, 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *This account has been suspended*

© Pierre Clement (2012)

Imagen de la solapa: © Dante Fernández

ISBN: 978-84-125773-5-8

Depósito legal: B-14551-2022

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi amigo Ricardo Romero, caminante



Inconscientemente vamos por un camino, y conscientemente nos ponemos a buscar otro camino, en vez de hacer consciente el camino por el que vamos.

VICENTE LUY

La historia de los hombres es un momento entre los pasos de un caminante.

KAFKA



INTRODUCCIÓN

Caminar no es caminar. No se trata de dar un paso tras otro. Tampoco de hacer *footing*. Ninguna prescripción médica alienta estos pasos. Incluso las ciudades, durante siglos y siglos, tuvieron el tamaño de la marcha. A lo sumo había caballos y carros —en su versión más lujosa, carruajes—. Pero a partir del siglo XIX, con la aparición del ferrocarril, después el subterráneo, y ya en el siglo XX, el automóvil, los desplazamientos a pie quedaron destinados a trayectos muy breves. Y en el último tiempo, del todo extinguidos o confinados a la actividad física. Caminar como deporte. Aceptamos con displicente naturalidad que cualquier templo de nuestra era debe tener estacionamiento.

Lo cierto es que no se camina nada o se camina poco y mal. Se camina sin ver, sin contemplar, sin abandonarse al paseo; se marcha sin dejarse interpelar —interrumpir— por el paisaje, por lo visto y todo lo que surge. Ya no se vaga y, mucho menos, se peregrina. El *flâneur* del siglo XIX es un desleído mito literario. Una palabra bella y perdida en la confusión de la Historia.

Menos desdibujado su sentido que cristalizado por un discurso nostálgico —académico o de divulgación— y siempre un poco frívolo e inexacto. A causa de tantos recaudos, este libro también tuvo un ligero impulso y sabor arqueológico.

Y también está, como siempre, lo personal. Esa intuitiva y fatal y primera manifestación de la experiencia. Percibí que mis lecturas (incluso gran parte de mi escritura) se organizaban en torno a ese verbo, palabra, acto: caminar. ¿Caminar? Sí, andar, vivir. Una forma de vitalismo. Una cierta desposesión. Esa atracción por la deserción de Rimbaud o la imparable melancolía errante de Sebald. El interés por la malicia asesina y lingüística de Wilcock, o por el fantaseo sensual, tan delicado y oscuro, de Felisberto Hernández. En definitiva, una identificación con ese tipo de literatura consagrada y expresiva de lo que Gustavo Ferreyra ha sabido nombrar como «la prepotencia de la vida».

De modo que este libro (estas notas) no es ni pretende ser exhaustivo, suficiente, ni siquiera elemental; no pretende agotar el arco de escritores y artistas que han caminado o que han encontrado en la caminata una particular trascendencia, una tradición y un estilo. Surgió de una curiosidad expansiva, por qué no de un afán insatisfecho y obsesivo: distinguir, coleccionar, clasificar, colaborar en la distinción de las excusas y motivos que promueven la marcha. ¿Era lo mismo un *flâneur* que un paseante? ¿Era lo mismo un peregrino que un vagabundo? Quise ordenarme y ordenar, un poco como el niño que en los días grises del verano se

pone a juntar caracoles y después los despliega sobre una mesa, y los coloca en frascos diferentes, y los etiqueta y observa. Para mirar sin ver. Para contemplar y contemplarse, en un breve e íntimo ritual de adoración y despedida de la playa. O sobre todo del océano.